

El banquete de las tres mesas

HUGO ESTRADA

Tal vez alguno se ha preguntado por qué la Eucaristía como que no surte efecto en su vida espiritual. La pregunta es digna de toda atención. No se trata simplemente de levantarse de la banca de la iglesia y pasar a recibir la comunión.

Antes de comulgar con el cuerpo y la sangre de Cristo hay que participar, previamente, en dos mesas: la mesa de la comunidad y la mesa de la palabra. Es vana la pretensión de querer participar en la mesa del Cuerpo y la Sangre de Cristo, sin antes haber participado en las dos mesas anteriores. La eucaristía es un banquete de tres mesas.

La mesa de la comunidad

Jesús instituyó sobre una mesa; esa noche —la del Jueves Santo— rodeaban a Jesús doce personas que durante varios años habían intentado conocerse, comprenderse, llegarse a amar. No eran extraños, sino una comunidad.

Las primeras Eucaristías de los cristianos se desarrollaron en ambientes eminentemente familiares; los primeros cristianos todavía no disponían de templos y se tenían que reunir en casas particulares. Eso favorecía que se encontraran apretadamente unidos, que se vieran en la necesidad de “conocerse” e identificarse.



Los fue llevando hasta la mesa en donde les partió el pan.

Cuando entre los corintios se dio el caso que durante la eucaristía había divisiones y litigios, San Pablo puso su grito en el cielo. Les escribió inmediatamente haciéndoles ver que **“Esa no era la Cena del Señor (1 Cor 11,20)”**. Lo que equivalía a decir que Jesús había instituido la Eucaristía como **Medio** de unión y no para fomentar los egoísmos y el clasismo.

¿Qué nos escribiría San Pablo a nosotros acerca de muchas de nuestras Eucaristías? Ciertamente no nos reprocharía divisionismos, conflictos. El divisionismo y los conflictos surgen entre personas que se conocen y tratan de vivir en comunidad. Muchas de nuestras Eucaristías tienen como

denominador común el “desconocimiento total” entre los que han ingresado en la iglesia y se fusionan pensando que están en comunidad.

los primeros cristianos todavía no disponían de templos y se tenían que reunir en casas particulares. Eso favorecía que se encontraran apretadamente unidos,

A nosotros, seguramente, San Pablo nos hablaría acerca de la indiferencia y del enconchamiento que impiden que haya verdaderas Eucaristías.

Este es uno de los aspectos más descuidados en

nuestro culto litúrgico. Muchos tienen la vana pretensión de comunicarse directamente con Dios, sin haberse comunicado antes con los hijos e hijas de Dios que están a su lado. Es indispensable pasar por la mesa de la comunidad antes de poderse acercar a la mesa del pan y de la sangre de Jesús. Jesús no instituyó la Eucaristía

para un “hijo único”, sino para sus hijos e hijas, que forman su Cuerpo Místico, la Iglesia. De aquí que, al ingresar en una iglesia, cada uno debe preguntarse qué está haciendo para echar abajo las barreras que impiden formar comunidad. Dar la mano, sonreír, cantar, orar en grupo, todo esto nos ayuda a identificarnos como hermanos y hermanas, a formar comunidad y participar activamente de la primera mesa de la Eucaristía: la mesa de la comunidad.

La mesa de la Palabra

En la misa, después de buscar eliminar lo que nos aparta de los otros y las otras, de formas comunidad, nos adelantamos hacia la **Mesa de la Palabra**. De esta mesa solamente pueden alimentarse los que tienen hambre de las cosas de Dios. Muchas personas llegan a la iglesia completamente saturadas de lo que comieron en la mesa del cine, de las telenovelas, de las revistas y periódicos. Como los niños, fuera de casa, se alimentan de golosinas y luego dejan a un lado el pan y la carne, así muchas personas ya no tienen hambre de la Palabra de Dios porque están repletas de las palabras de los hombres.

Jesús un día, invitó a “escudriñar” las Escrituras. Escudriñar no equivale a una lectura rápida de la Biblia, sino a buscar inquisidoramente, con lupa, hasta las migajas del mensaje evangélico. Bien lo entendía así San Pablo cuando le escribía a su discípulo Timoteo que *“la Escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para corregir, para educar en la rectitud”* (2 Tim 3,16).

El profeta Ezequiel nos cuenta que en una visión se le invitó a comer el libro sagrado. El profeta relata que sintió como que fuera “miel en sus labios”. Por medio de esta figura el profeta señala la consolación que recibió al comer el pan de la Palabra. Ese es uno de los efectos de la lectura de la Biblia: consuelo y fortaleza, miel para nuestros labios.



Las primeras eucaristías se desarrollaron en ambientes familiares.

El evangelista San Juan tuvo una visión similar. También a él se le invitó a comer un “librito”, la Biblia. San Juan confiesa que al principio sintió dulzura en su boca, pero que luego sintió un ardor en el estómago. Muy profunda la reflexión de San Juan. La Biblia no sólo nos consuela, nos dulcifica, también nos cuestiona, nos plantea serios problemas que producen ardor en lo profundo de nuestro ser.

Cada domingo, durante la Eucaristía, se abre la Biblia. Es como una carta dominical que el Señor envía a su comunidad. Así como cuando se recibe una carta del papá, que está en el extranjero, se reúne la familia y se va degustando esa carta, y cada uno va escuchando lo que le corresponde, así la comunidad reunida en la casa del Padre va recibiendo ese mensaje divino, y el Espíritu Santo se encarga de que cada uno vaya captando lo que

Dios quiere señalarle. Para nosotros la Biblia es algo santo. Por eso se le incienso, por eso se la besa y se la lleva en procesión, como el pueblo de Israel llevaba en procesión el Arca Santa. Que era símbolo de la presencia de Dios entre ellos.

Muchas personas llegan a la iglesia completamente saturadas de lo que comieron en la mesa del cine, de las telenovelas, de las revistas y periódicos.

San Lucas nos recuerda que cuando Jesús resucitado se apareció de incógnito a los desanimados discípulos de Emaús, lo primero que hizo fue ayudar-

los a “escuchar” las Escrituras, así los fue llevando hasta la mesa en donde les “partió el pan”, y ellos lo pudieron reconocer. La mejor preparación para participar en la mesa del Cuerpo y sangre de Jesús es la Palabra viva en la Biblia. Las palabras de la escritura nos van calentando la mente y el corazón hasta que podamos reconocer a Jesús sacramentado sobre el altar.

(Continuará en el próximo número)

